AÑO VII
N.º 292

LA ALBORADA

Tiraje de este N.º
8,000

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

REDACTORES:
CARLOS F. MUÑOZ
MANUEL MEDINA BETANCORT

ADMINISTRADOR:
AGUSTIN SALOM

DIBUJANTES:
ORESTES BAROFFIO
A. B. VICO Y HAGET

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Octubre 18 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5



Dr. Martín C. Martínez, Ministro de Hacienda

En el número próximo aparecerá en esta galería el retrato del doctor José Romeu, Ministro de Relaciones Exteriores.

Administrador:
AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

18 de Julio, 194
1.er piso

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes . . . . . . ps. 0.50	Número suelto (atrasado) . . . . ps. 0.30
Por semestre adelantado . . . . » 3 00	Por un año adelantado . . . . » 5 00
Número suelto (los sábados y domingos) . . » 0.10	Exterior. Por año adelantado . . . . » 7.00
» » (de la semana) . . . . » 0.20	» Chile. Idem ídem. . ps. 15.00 moneda chilena

AÑO VII
N.º 292

LA ALBORADA

Tiraje de este N.º
8,000

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

REDACTORES:
CARLOS F. MUÑOZ
MANUEL MEDINA BETANCORT

ADMINISTRADOR:
AGUSTIN SALOM

DIBUJANTES:
ORESTES BAROFFIO
A. B. VICO Y HAGET

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Octubre 18 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

El doctor Francisco Soca



Doctor Francisco Soca

Ha regresado del viejo mundo el inteligente doctor Francisco Soca, representante por el departamento de Canelones, después de una provechosa gira de algunos meses. El espíritu observador de este facultativo, que hace honor á nuestro círculo científico por su intelectualidad constantemente cultivada, le ha abierto una franca reputación en todos nuestros hogares. Sus profundos conocimientos, certificados cientos de veces en casos difíciles en que la ciencia se muestra vacilante y embarazada, tuvieron aún, en su inconformable deseo de saber, un valioso robustecimiento en el tiempo que estuvo de gira por la vieja Europa.

Las principales facultades de aquel continente le han tenido por visitante, y de ello ha resultado que á su vuelta á sus patrios lares y á sus enfermos, ha traído un bagaje más de conocimientos en el su ya abundante, que son la última palabra de la práctica médica.

Su consultorio, que estuvo á cargo, durante su ausencia, del aventajado joven médico Carlos C. Maggiolo, se ha vuelto á reabrir con contentamiento general, así como ha reiniciado ya el profesorado de su ciencia en la Facultad de Medicina, cargo que desempeña desde hace bastante tiempo.

Arturo Pozzili



Señor Arturo Pozzili

El domingo llegó á Fray Bentos el periodista italiano Arturo Pozzili, director y redactor del diario *L'Italia al Plata*.

Con ese motivo, la colonia italiana de esa ciudad le hizo un afectuoso recibimiento, ofreciéndole un banquete á mediodía en el teatro «Oxilia», servido por el hotel «Fray Bentos».

El teatro presentaba un aspecto esplendente, con los adornos y la cantidad de damas que concurrieron á escuchar la palabra suave y fina de «Adelio», paladín entusiasta de la causa femenina.

El banquete le fué ofrecido por el doctor Cione, pronunciándose discursos por los jóvenes Papini y Zas y Secades y Caces, que fueron muy aplaudidos.

Por la noche, Pozzili dió una conferencia en el local de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos, que le valió un sincero triunfo, tributado con aplausos y efusivas felicitaciones.

Aunque el distinguido periodista no iba preparado para una disertación de tal índole, pues ignoraba que sus connacionales le fueran á hacer tan honrosa exigencia, el ilustrado escritor se excedió á sus propios méritos, ocupando por espacio de dos horas la tribuna, donde hizo gala de brillantes dotes oratorias, arrancando aplausos calurosos, prodigados por la inmensa concurrencia de damas y caballeros que se habían congregado en el amplio salón de aquel centro.

Pozzili, después de unos días de paseo por la ciudad de Mercedes, regresó á Montevideo, gratamente impresionado de su viaje.

La romerías

de "Nuevo Paysandú"



La comisión de festejos

Como todos los años á la terminación de la zafra en el importante saladero «Nuevo Paysandú», del departamento del mismo nombre, se constituyeron en sociedad este año, á principios del mes que corre, los trabajadores de ese establecimiento, y organizaron unas romerías en el paraje conocido por parada Santa María.

Las fiestas tuvieron comienzo el domingo 4 con una numerosa y alegre concurrencia que tomó parte en ellas, á pesar del fuerte viento que reinó durante todo el día.



La entrada á la carpa oficial

A las 10 y 15 próximamente salió de Paysandú el tren conduciendo los invitados para el banquete, siendo recibidos en la Parada por los señores Alberto Santa María (hijo) y Luis Santa María, directores-propietarios del importante establecimiento de zafra ganaderil á que nos referimos.

El local de la fiesta presentaba un pintoresco aspecto con sus numerosas banderas y gallardetes de todos colores.

Una larga avenida construida con arcos y guirnaldas de hojas verdes, conducía hasta la carpa oficial, donde se habían dispuesto las mesas para el gran banquete.



Los carruajes de las familias frente á la carpa oficial

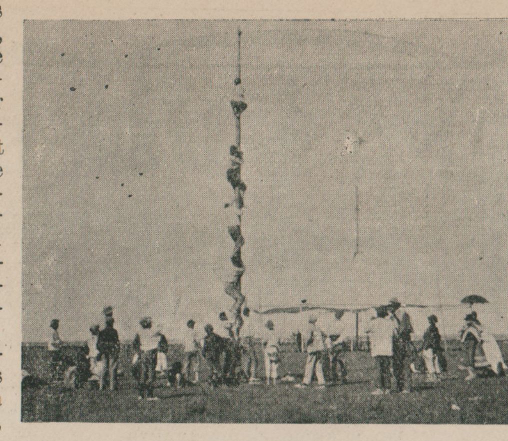
Este fué servido con mucho gusto por la «Confitería del Aguila». Sentáronse en derredor de las mesas unos trescientos sesenta comensales, entre los invitados y los miembros de la «Sociedad Romerías Nuevo Paysandú».



Concurrencia á caballo presenciando las carreras

En la mesa oficial, cuyas cabeceras fueron ocupadas por los señores Luis y Alberto Santa María, se hallaban además el Jefe Político, don José A. Epalza, los coroneles Muró y Rodríguez, el gerente del Banco de Londres señor Tomás M. Lees, el contador del Banco de la República señor Domingo Carzolio, el señor agente consular de Francia Julio de Saint Romain, el receptor de aduanas señor Hernández, el comisario de órdenes capitán Cánepa, el inspector de policías teniente Irigoyen, los comisarios señores Martínez y Jesús, y otros.

Terminado el almuerzo, se sacaron las mesas y la carpa fué dispuesta para el baile, que duró, con mucho entusiasmo, toda la tarde, tocando la banda popular dirigida por el profesor señor Emilio Guerin.



En el palo jabonado.—En busca de un tesoro...



Llegada del Ferrocarril Midland á las fiestas

En otra parte había toda clase de juegos para los muchachos, entre los cuales dió mucho que hacer el *enjabonado*, en cuya punta se colocó una bolsita con dinero, que fué causa de afanosas fatigas por parte de un mundo de menudos conquistadores. En una de las fotografías que adjuntamos á estas líneas, y que nos fueron remitidas por nuestro activo corresponsal señor Francisco Loperena, se puede contemplar un pintoresco racimo de chicuelos agarrados con alma y vida, y cuerpo y alma, al antipático palo, burlador de fuerzas y de sueños de posesión de dineros que abultaban en lo alto con provocaciones de riquezas...



Un «parejero» vacuno que tomó parte en las carreras

Insts. de F. Loperena.

No hay para qué decir lo comprimidos que hubieran quedado, si por desgracia para ellos, y sobre todo para los que «hacen cola», el traicionero *enjabonado* les hubiera hecho zafar las manos. Obleas seguras.

También hubo un circo de pruebas para la gente menuda.

Las carreras que se verificaron, sobre todo, atrayeron mucha concurrencia.

La primera, entre potrillos criollos, fué ganada por el barroso «Conejo», de Antonio Correa.

La segunda, entre caballos criollos, fué ganada por el picazo «Cascarudo», de Pedro Bernasconi.

La tercera fué ganada por el picazo «Cabure» de Servillano Godoy.

La cuarta fué ganada por el caballo oscuro «Negrito», de José Iturralde.

La quinta carrera que despertó mucho interés, entre novillos jineteados por «Jockeys», fué ganada por el pampa bayo «Zaragüeta», entrando segundo el pampa negro «Paysandú» y tercero el colorado «Fifí», de J. Iturralde.

La carrera de amazonas, corrida por señoritas del saladero, no tuvo lugar, siendo postergada para hoy.

El *math* de *foot-ball* entre los Clubs «Libertad» y «Midland», fué ganado después de una reñida lucha, por el primero de estos clubs, por dos *goals* contra uno. Concurrieron relativamente pocas familias de Paysandú, debido seguramente al fuerte viento y frío que reinaba. Entre otras asistieron las familias de Santa María, Muró, Young, Otondo, Mongrell, Lees, Griffin, Wenzel, Saint Romain, Heguy y otras.

Abeja blanca

El deseo
es abeja que en el alma
liba la miel de un beso.

Al pensar en ella...
escucho desde mi alma hasta mis labios
el rumor de una abeja.

Así el beso de mi primera novia.

JUSTO PASTOR RÍOS,
(Cubano).





Como buen caballero

(Traducido del francés por Gonzalo Zaldumbide).

Como buen caballero, con su lanza y su adarga,
el Pesar, mascarado, en silencio cabalga.
En silencio, á mi avanza
y me hiere en el viejo corazón con su lanza.
Vertí por la herida
trémula onda de sangre, que cayó sobre flores:
del sol los ardores
vaporáronla aún cálida.
Anubló densa sombra mis pupilas, y pálida,
dió mi boca un gran grito;
y en furioso temblor
quedó muerto mi viejo corazón de dolor...

Entonces el caballero Pesar echó pie á tierra;
se me acercó: en la herida puso su mano férrea,
y mientras la tocaba con su ferrado dedo,
su voz me aconsejaba según su ley, muy quedo.
Y he aquí que al contacto
de su ferrada mano, me renació en el acto,
todo un corazón nuevo.
Y era corazón puro
puro, ferviente, fiero,
fuerza, candor divino,
juventud todo entero.
Mas yo quedé temblando, ebrio, incrédulo, un poco,—
como el que ve en visiones á Dios se cree loco—

Pero el buen caballero,
otra vez cabalgando por el rudo sendero,
se alejaba...é inclinándose al paso,
me hizo un signo de aplauso.
Y me dijo:
«De hoy más, ten prudencia, por lo menos, buen hijo».

Paul VERLAINE.

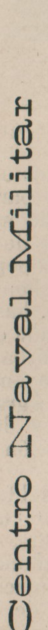


A la puesta del sol

(Traducido del catalán por Gonzalo Zaldumbide)

A la hora en que el sol se hunde por el poniente de oro
y calla de los nidos el armonioso coro,
cuando los grillos dejan sus mansiones ignotas
y ensayan su nocturna canción de roncas notas;
y cuando todo un mundo de insectos irisados
bulle, se agita y deja sus antros soterrados,
y al ruido de las alas,—que van como en alarde
de libertad,—resuena el canto de la tarde:
entonces, ¡cuántas veces, muy triste, considero
la infelice suerte del pobre prisionero
de antenas impacientes y fúlgida coraza,
que, hincado por la aguja cruel que le traspasa,
muere... inundando en gozo al sabio explorador
que le sorprendió acaso... en éxtasis de amor!

Apeles MESTRES.



Sesión para la elección de comisión directiva, celebrada en la noche del martes 6 del corriente

La catástrofe de la "Rivera"

LOS MUERTOS — LOS HERIDOS — EL SALVAMENTO



Teniente coronel Juan P. Suburu, actual Jefe de la «Rivera».



La «Rivera» empavesada



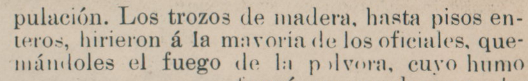
Capitán general Máximo Santos, presidente que mandó construir la «Rivera»

A las 12 y 10 minutos del jueves de la pasada semana, hizo explosión la santa bárbara de la cañonera nacional «Rivera», que se hallaba anclada en medio del puerto desde el domingo á las 2 p. m., que llegó del litoral á donde fué con motivo del viaje del Presidente de la República. La noticia del siniestro se extendió rápidamente por la ciudad, causando honda sensación. Las primeras versiones fueron de que había estallado la caldera, porque nadie ignora las condiciones en que se encuentran las máquinas de las diminutas unidades de la escuadrilla nacional; pero pronto se supo que el desastre era más considerable, pues el barco no tardó en hundirse, dejando ver solamente en la superficie de la bahía, donde poco antes flotara gallarda, uno de sus palos, la chimenea y el castillo.

Coronel Jorge Bayley, primer jefe que tuvo la cañonera

A la hora enunciada estaban terminando de almorzar los oficiales en la cámara y la marinería á proa, —cuando se sintió por los primeros como un sacudimiento precursor del estallido, y en el mismo instante, casi sin solución de continuidad, saltó con violencia el pavimento y también la cubierta — empezando el buque á hundirse.

Es indescriptible el cuadro doloroso que ofreció la tripulación. Los trozos de madera, hasta pisos enteros, hirieron á la mayoría de los oficiales, quemándoles el fuego de la pólvora, cuyo humo formó en seguida una nube opaca, ocultando el barco por completo. El palo mayor voló, voló parte de la cubierta, la entrada á popa, maderas, ropas, colchones, instrumentos, libros, hasta la pieza Krupp, situada encima de la santa bárbara, todo fué arrasado, cayendo después de ascender á grande altura, disperso y destrozado por la dilatación de los gases.



A poca distancia del fondeadero del barco, 200 metros aproximadamente, estaba fondeada la cañonera «Suárez», cuya tripulación también terminaba de almorzar, y que, con su jefe, coronel Escabini, y oficiales á la cabeza, procedió de inmediato á prestar socorro á los camaradas. Ni cinco minutos tardaron los botes en estar junto á la «Rivera». Uno de ellos venía de tierra, al mando del aspirante Olivieri, y los otros fueron arriados, cortándose los cables para andar más ligero. Las olas invadían la cubierta de aquel buque, y los marinos, aun los heridos, trataban de salvarse, echándose al agua. Fueron recogidos todos, aproximándose también el vapor «Tiburón» de Lussich y un bote del «Huracán», que por estar fondeado á poca distancia, pudo trasladarse sin pérdida de tiempo.

Teniente Enrique Taylor, que salvó de la catástrofe



Los primeros auxilios después de la explosión



Momentos después de la catástrofe

La poca resistencia que el buque opuso á los gases, hizo que la explosión no fuera muy fuerte, pero asimismo, en breve tiempo, los muelles empezaron á cuajarse materialmente de curiosos, á todo lo largo de la bahía.

Las familias de los marineros de la dotación del buque, gente de mar y personas de todas condiciones sociales, acudieron á presenciar el espectáculo lamentable, cuya tristeza se acentuó en el momento de empezar el desembarque de los heridos para trasladarlos al Hospital de Caridad.



Los primeros auxilios

Además, en vaporcitos, botes y cuanta embarcación hubo á mano, la concurrencia se trasladó al paraje del naufragio para ver de cerca cómo había quedado el buque y presenciar los demás incidentes que aparejaba la catástrofe.

Cuando se sintió la explosión, se dió aviso al Comandante de Marina, coronel Ignacio Bazzano. Este, que abandonaba en ese instante la casa del Ministro de la Guerra, á quien había ido á dar cuenta de las novedades é iba á sentarse en su casa á la mesa, salió apresuradamente para la Capitanía, dando orden de que se avisara al general Vázquez de lo ocurrido. Llegó al puerto, y uno de los vaporcitos del Resguardo lo condujo al paraje, adoptando en seguida las disposiciones necesarias para el transporte de los heridos y salvataje del barco, ya hundido en una profundidad de 25 pies. Los miembros de la prensa y gobierno, el presidente del Senado y muchas otras personas de significación, también fueron á la Capitanía y al lugar del siniestro.



Recogiendo los restos de la cañonera

(Continúa en la pág. 9).

Los eternos símbolos

En el Cáucaso esquiliano
de nuestro prejuicio humano
ataron mi corazón,
y las Euménides locas,
exhalaron por sus bocas
gritos de satisfacción.

Para quitármelo, el cuervo
de la maldad, su protervo
recio pico me clavó;
pero el infame obligado
por su presteza, de lado
por suerte, se equivocó.

Cuando remontó su vuelo,
planamente, bajo el cielo;
de la mañana el albor,
sobre la sangre vertida,
para cubrirme la herida
hizo nacer una flor.

Las Euménides aullaron,
los cuervos revolotearon.
pero invicto, el corazón,
destrozando sus cadenas,
para acallarlos, las penas
se las arrojó en montón.

Y bajo el alba de Enero,
bajó del Cáucaso, entero
como la eterna verdad;
y aquí lo traigo en derecho,
para arrancarlo del pecho
y ofrecerte su mitad.

La prisión no ha conseguido
inocularle el podrido
virus, del turbio rencor;
como un astro en la tormenta
salvó de la infame afrenta
su luminoso esplendor.

Universo de mi mundo
se guareció en lo profundo
de mi personalidad,
y, divino camalote
salió de mi vida á flote
como un rayo de bondad.

Y á tus altares lo entrego
como una rosa de fuego
para tu griego jarrón;
para que invariablemente
lo contemples, frente á frente,
como un alba en explosión.

Será la Biblia en que abreves
las cosas, que no te atreves
por miedo, á reconocer,
y en los dísticos impresos
hallarás, más que en tus rezos
ejemplos de buen querer

Te hablarán de los embates
sufridos en los combates
de la existencia, y del mal;
y en sus verdades profundas
no hallarás las iracundas
sentencias de tu misal.

En sus verdades eternas
—de un hombre de las cavernas—
te puedes santificar,
que los humanos ejemplos,
son los helénicos templos
donde se aprende á pensar.

Quiero que todos los días
le ofrezcas tus alegrías,
y le rindas tu oración;
y en las mañanas de Enero
le llenes, como á un joyero,
de flores de la estación.

Quiero que digas tu misa
como griega profetisa
al pie de su blanco altar;
mientras que tus tristes ojos
fijos, en sus tintes rojos,
lloren de un dulce llorar.

A tu espíritu lo entrego
como una rosa de fuego,
símbolo de libertad;
yo te lo ofrezco, sabiendo
que en él irás aprendiendo
lo que es nuestra humanidad.

En sus dísticos sangrientos,
manú de los sentimientos,
aprenderás á sentir,
y en sus verdades cruentas
—hoscas y negras tormentas—
lo rudo del combatir.

Gemirás cuando me leas,
y hasta llorar como Eneas,
de la infinita emoción;
y esa mañana, Divina,
tu alma blanca y cristalina
me rezará una oración.

Y si, por triste ventura,
tu alma, es una selva oscura
donde no penetra el sol,
ó blanca esfinge pagana
sorda, para la campana
ciega para el arrebol;

mi corazón sangriento,
al lobezno más hambriento
se lo arrojaré al pasar;
y mis excelsas venturas
hermanas de mis ternuras,
irán á ver al pesar.

Y entonces, sobre mi pecho
surgirá como en asecho,
la magnificente flor,
que sobre la vieja herida
la aurora dejó prendida,
condecorando el dolor.

Y esa blanca rosa humana
será la estrella pagana,
símbolo de tu ideal;
y á sus colores de armiño
pentagramaré el cariño
de mi flauta de cristal.

Opta, pues, en esta suerte
dando á mi sentir la muerte
ó la vida á mi pensar;
mi corazón es la vida.
la flor, la esencia florida,
—blanca luna y hondo mar—

Opta, pues, si acaso griega
tu alma joven no reniega
de la sabia conjunción;
y entonces, gloriosamente
pondré la rosa en tu frente,
y en tu altar mi corazón.

Eliseo RICARDO GOMEZ.



Extracción de los cadáveres de García y Gentile — *Inst. de Fillat y C.ª*

Los primeros vaporcitos que llegaron al costado de la «Rivera», fueron el remolcador «España» y el «Imperio» de la casa Escofet, al mando de su patrón don José Migues. Inmediatamente después llegaron los vapores de Lussich y botes de la Capitanía.

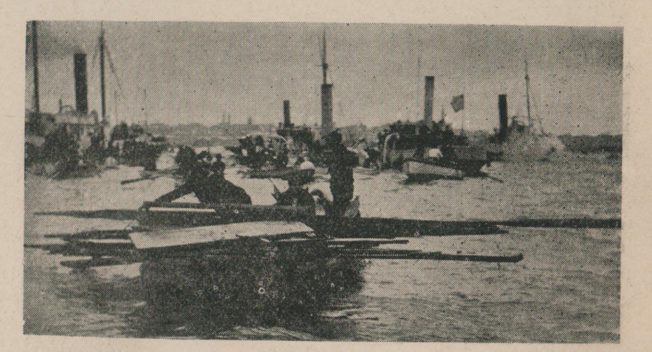
En el «España» se salvaron dos marineros de la cañonera, algunos libros de importancia, el de partes diarios y una escritura de contrato que, justamente con otros objetos de importancia, fueron entregados á la comandancia de marina.

El salvamento se hizo con toda felicidad, recogiéndose á casi toda la tripulación, parte que se había arrojado al agua, parte que permanecía en el buque, entre los palos y las jarcias.

Todos los vaporcitos de las casas Lussich, Escofet y Semaden luchaban noblemente en la humanitaria tarea, estimulados por el deseo de abreviar en lo posible la horrible angustia que padecían aquellos hombres en su desesperado combate con la muerte.

Si la catástrofe se hubiera producido por la noche, es indudable que el número de ahogados habría sido incalculable, pues su salvamento en la obscuridad hubiese sido poco menos que imposible.

Al disiparse el humo de la explosión pudo verse que muchos marineros del buque náufrago se hallaban ya separados del buque é instalados en los botes que habían atinado á tripular.



Lancha recogiendo las tablas desprendidas de la «Rivera» en su explosión — *Inst. de Blanco y Padilla.*

Las víctimas que resultaron de la catástrofe fueron catorce: diez heridos y cuatro muertos.

Al segundo jefe de la «Rivera» le corresponde la peor participación en la horrible catástrofe.

El capitán Francisco P. Miranda tiene heridas de mucha gravedad, fractura del brazo derecho y quemaduras generalizadas en todo el cuerpo.

Tiene el rostro sumamen-



Aspecto de la Rivera después de la catástrofe — *Inst. de Fillat y C.ª*

te hinchado, quemados el bigote y las pestañas, y con grandes manchones negros en la frente y en los ojos, y el brazo derecho fracturado.

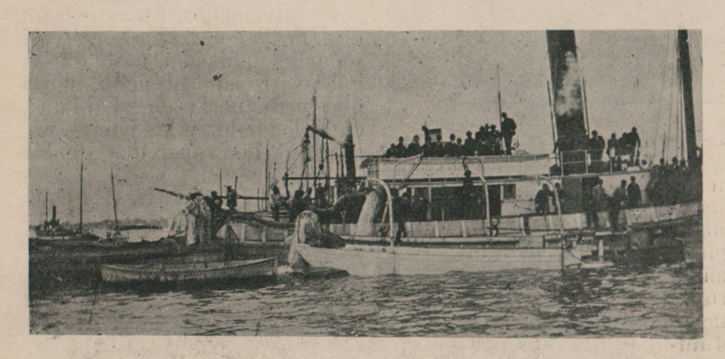
El teniente 2.º Juan Ortiz ha sufrido graves quemaduras en el rostro y en las manos. Sobre el párpado derecho tiene algunas cicatrices.

Para proceder á su curación fué necesario cortarle el cabello, chamuscado en su mayor parte.

Anastasio Andreópolis, de nacionalidad griega y práctico del Este, presenta graves quemaduras, fractura externa del muslo izquierdo, la cabeza con varias heridas, las manos con llagas y escoriaciones.



La concurrencia en el muelle después del suceso



La «Rivera» vista de popa

El teniente Juan Otto se encontraba accidentalmente á bordo de la «Rivera», á la que acudía para dar lecciones de esgrima á la oficialidad.

Ha sufrido la fractura de la tibia y del peroné.

Su estado es bastante delicado. Sufre horriblemente. Tiene contusiones internas bastante graves.

El guarda marina Valentín Marinoni ha sufrido la fractura de los huesos de la nariz con hemorragia rebelde.

Los otros heridos, de no tanta gravedad son el foguista Manuel Martínez y los marineros Agustín Esquivel, Rodolfo Pulpach y Carlos Abrego, todos con quemaduras generalizadas. Hay otros varios que sufrieron también quemaduras, heridas y contusiones, pero su estado no ofrece mayor cuidado.

Los muertos son cuatro:

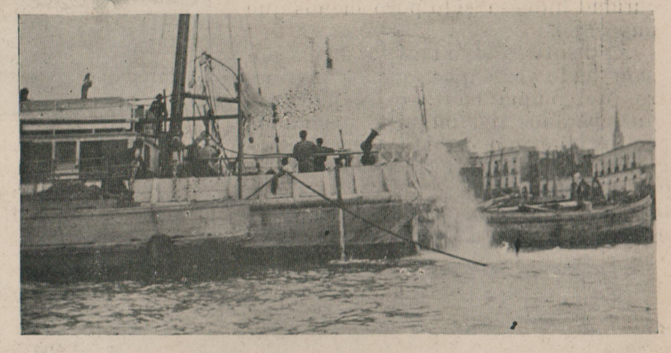
Foguista Marcos García, de 22 años, español, soltero, de la Coruña.

Foguista Cayetano Gentile, de 25 años, italiano, soltero, procedente de la provincia de los Abruzzos, Italia.

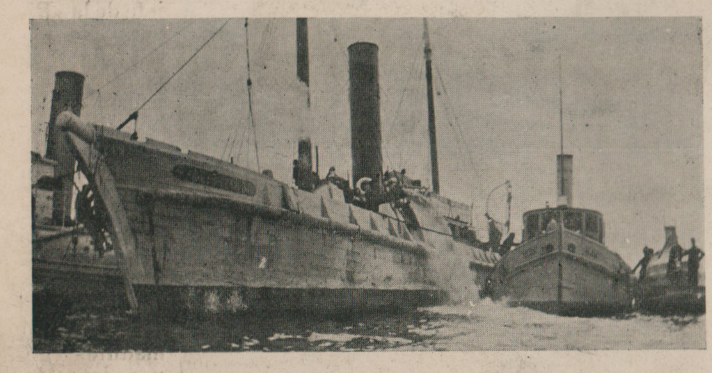
Foguista Joaquín Fregueiro, español.

Cabo timonel, Gregorio Herrera.

Los dos primeros fueron desembarcados á las 6 de la tarde, y reconocidos por el doctor Grolero, siendo después colocados en dos modestos ataudes y puestos para velarlos en la oficina de ayudantes de la Capitanía.



Un buque de Lussich desagotando la cañonera para ponerla á flote



El «Ciclón» trabajando con las bombas

Fots. de Blanco y Padilla.

Estos cadáveres estaban mutilados horriblemente, casi carbonizados.

A las 3 p. m. del viernes 9, salió de la Capitanía de Puertos el cortejo fúnebre hacia el Buceo.

Encabezaban el duelo el comandante de marina, coronel Bazzano y los comandantes de la «Suárez» y «Rivera», coronel Escabini y mayor Suburu.

Tras los carros fúnebres formaron 57 marineros de la Capitanía, del resguardo y cañonera «Suárez». Los féretros fueron conducidos desde la cámara mortuoria hasta el coche fúnebre por los oficiales de las dos cañoneras.

En seguida formóse una columna cívica que tomó por Rampla, Colón, Sarandí, plaza Independencia y 18 de Julio hasta Convención, donde se subió á los carruajes del acompañamiento.

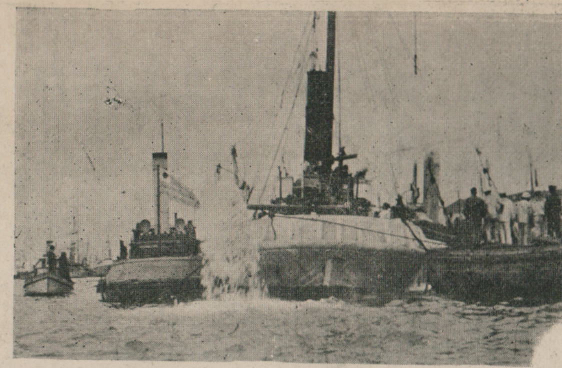
Al enfrentar la casa de gobierno salió al balcón el presidente de la República, acompañado del ministro de Relaciones Exteriores, doctor Romeu.

En el acompañamiento notamos á las siguientes personas: General Tabares, coroneles Faccio, Bayley, Scabini, Flores y Casalla, teniente coronel Fleitas, mayores Suburu y Mazzini, tenientes Marcos Conforte, Máximo Santos, doctor Salvañach, diputado Ubaldo Ramón Guerra y representaciones de la oficialidad del 1.º, 3.º y 5.º de cazadores, como también del club «Defensa».

En representación del ministro de la Guerra se incorporó á la columna el mayor Winterhalter

Al llegar al cementerio del Buceo, los marineros de la cañonera «Suárez» sacaron los ataúdes de los carros fúnebres y los transportaron á la capilla, donde el capellán del ejército, monseñor De León, dijo el responso.

Debido á la falta de un trámite en la dirección de cementerios, no pudieron ser inhumados los restos, por manera que fué necesario llevarlos al depósito. Una vez allí, frente á una de las puertas donde habían sido colocados, tomó la palabra el teniente Usera, pronunciando un sentido discurso, lo que también quiso hacer el coronel Jorge Bayley, pero el comandante de Marina, coronel Bazzano, juzgando

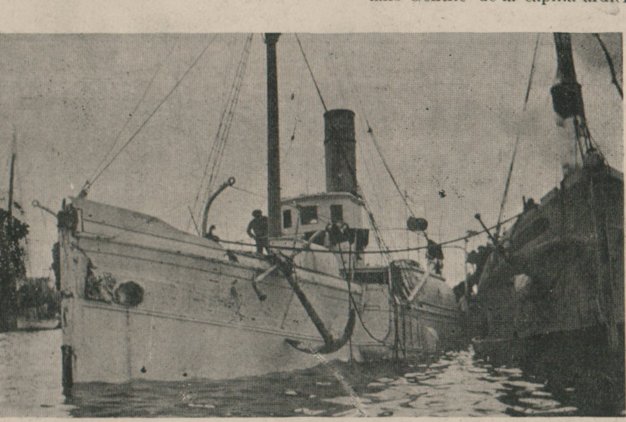


Otra bomba de desagote



La cabeza del cortejo.—Las autoridades marítimas

Salida de los féretros de los foguistas Marcos García y Cayetano Gentile de la capilla ardiente de la Capitanía



La cañonera «Rivera» puesta á flote



Colocando los féretros en el carro fúnebre

Uno delos carros fúnebres en camino del cementerio

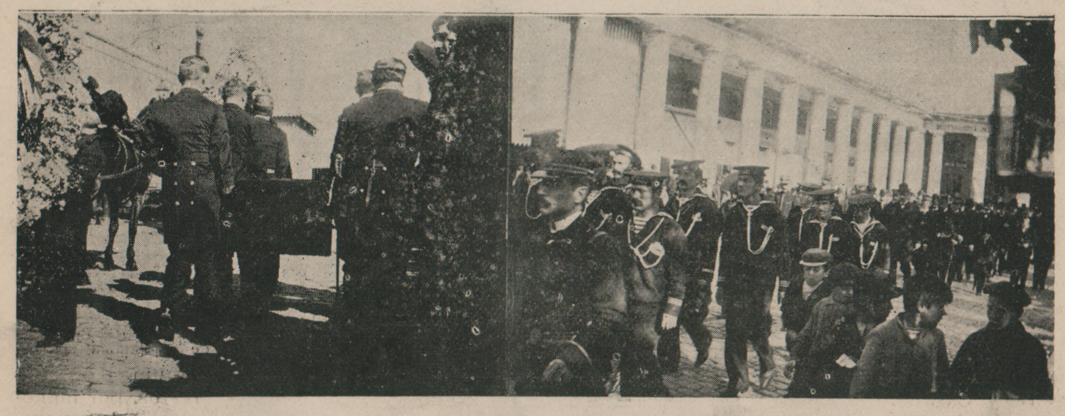
Insts. de Blanco y Padilla.

inconveniente que la marinería continuara oyendo el discurso, que había comenzado con algunas manifestaciones pesimistas sobre nuestros barcos de guerra, se aproximó al coronel Bayley y le dijo:

—Si va á continuar en ese tono, haré retirar la marinería.

—Me coarta usted el uso de la palabra,


El cortejo pasando por la calle Sarandí. — El entierro llegando á la Plaza Independencia


Los oficiales de marina llevando los féretros — La marinería en el cortejo fúnebre

contestó el coronel Bayley.

—Concrétese á hablar de los muertos, replicó el coronel Bazzano, en vez de hacer tristes vaticinios.

—Publicaré, entonces, mi discurso en la prensa.

—Publíquelo, contestó el coronel Bazzano, cortando el incidente y haciendo retirar la tropa.

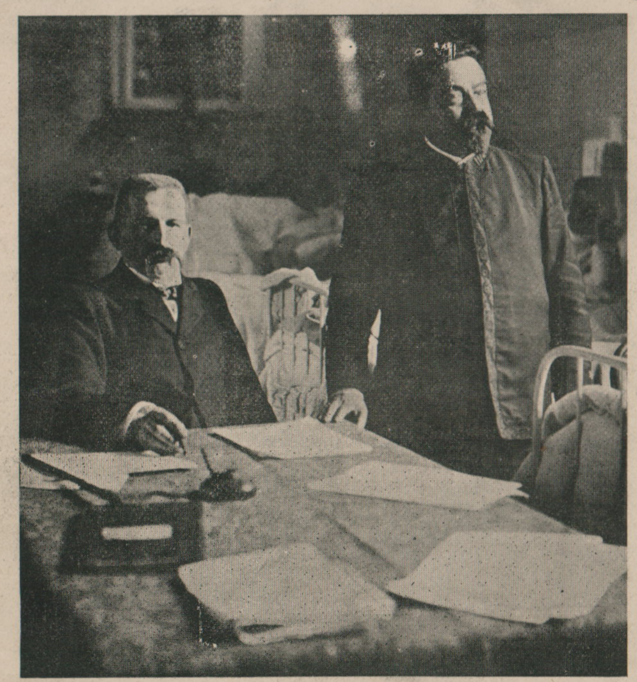
Palabra más, palabra menos, ésta es la versión verídica del incidente, según datos que proceden de distintos testigos y que coinciden hasta en los términos del corto diálogo.

El coronel Bayley manifestó que hablaba en nombre del Centro Naval y Militar.

He aquí los párrafos del discurso de este mismo, que provocaron el incidente:

Es tan grande la impresión que me ha causado este siniestro que no encuentro palabras con que expresar mi dolor. Como se trata de una catástrofe en que hay muertos y heridos, voy á hacer extensiva mi palabra á todos los que ella ha envuelto, hablando con el lenguaje rudo y sincero del marino, esperando que una vez por todas sean oídas mis palabras, despojadas de toda ambición y de todo personalismo.

«Cuando supe que la fuerte detonación sentida ayer á medio día se había producido en una de nuestras cañoneras, la primera idea que asaltó á mi mente fué que serían las calderas de la «Suárez», que habían reventado por su mal estado y hubiesen pasado á pique su averiado casco.


Capitán Antonio Magdaleno, 2.º Comandante de la «Suárez» y teniente Pedro I. Beroqui, tomando declaraciones á los heridos

Fots. de Blanco y Padilla.


Capitán Francisco Miranda, 2.º jefe de la «Rivera», herido, y su esposa

Este siniestro no me hubiera llamado la atención porque hace tiempo lo he anunciado públicamente más ó menos en estos términos: «La cañonera «Suárez» irá á pique si sigue navegando en el estado en que se encuentra. Informes técnicos así lo comprueban. Sin embargo ese buque sigue navegando y sus desgraciados y abnegados tripulantes con su vida en un hilo».

Teniente 1.º de infantería Juan Otto, herido

«Ese buque debe desarmarse cuanto antes, y estoy seguro de que si no se ha desarmado ya, es tan sólo debido á que el actual gobierno no tiene conocimiento de los informes técnicos condenándolo que existen en la sección técnica del ministerio de Guerra y Marina; y porque el señor ministro es de ideas radicales en ese sentido y no cargaría con semejante responsabilidad.

«Cuando me enteré detalladamente de lo sucedido, lo sentí con todo el dolor de mi alma. Primeramente por mis queridos compañeros de armas víctimas de esa catástrofe. En segundo lugar por mi inolvidable «Rivera», por esa *cuna* donde se desarrollaron mis conocimientos profesionales, donde formé un puñado de valientes marinos nacionales que hace honor al país, donde más de una vez afrontamos la muerte con esa indiferencia y esa frialdad que caracteriza á nuestra raza, donde durante quince años consecutivos pasamos momentos felices y momentos de amargura, donde se formularon todos los reglamentos marítimos en vigencia. En una palabra, donde nació nuestra organización marítima y el buen nombre de nuestra naciente marina militar.»

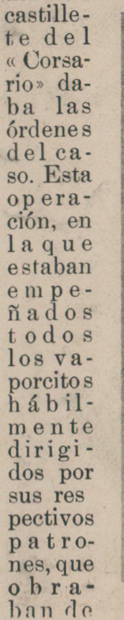
Marcos García, foguista de la cañonera, muerto


Teniente de marina Juan Ortiz, herido

A las 4 p. m. del mismo día del suceso, la «Rivera» se hundía casi por completo en el punto de su fondeadero, dejando á flor de agua solamente la parte superior de la chimenea, de la que se veía apenas un metro y medio, y el palo mayor. Estaba frente al depósito «Herrera» de la aduana nueva.

En ese momento los vaporcitos «Fulton», «España», «Corsario», «Solís», «Emperor» y «Rayo», de las casas Lussich, Semaden y Escofet, se acercaron á la «Rivera» para remolcarla hasta la costa y proceder á su salvamento.

Esta difícil maniobra, la primera quizá que se haya efectuado dentro de la bahía, se hacía bajo las órdenes del comandante Escabini, que


desde el castillete del «Corsario» daba las órdenes del caso. Esta operación, en la que estaban empeñados todos los vaporcitos hábilmente dirigidos por sus respectivos patrones, que obraban de consu-


Segundo maquinista de la cañonera, Ramón Folch, herido

no, fué larga y sujeta á mil incidentes.

En efecto, las máquinas que funcionaban á todo vapor apenas si podían hacer marchar aquellos remolcadores á un cuarto de fuerza, tal era la resistencia que ofrecía la «Rivera» arrastrándose sobre el fondo de la bahía.

Hubo un momento en que la cañonera pasó por la parte dragada del puerto y entonces se hundió algo más. Cuando se encontró en el límite de lo dragado y debió ascender la barranca se rompieron los cables del «Fultón», del «Venus argentino» de la casa Mihanovich, que acudió á prestar sus servicios, del «Solís», del «Corsario» y de otros vaporcitos.



El capitán Miranda en el Hospital de Caridad acompañado de su señora esposa

Las gruesas maromas, de más de cuatro centímetros de diámetro, rompíanse como hilos de coser, produciendo un chasquido formidable, sin que haya que lamentar ninguna desgracia personal ocasionada por estos accidentes.

Con gran brío, inmediatamente después del siniestro, la casa Lussich tomó á su cargo la tarea del salvataje.

La obra ha sido ruda, pero la tenacidad de los marinos de la casa Lussich ha sido tal que el éxito coronó todas las operaciones efectuadas para arrancar el casco del fondo del mar.

La «Hércules» logró levantar por medio de cables de acero enganchados en su poderoso guinche, la popa de la cañonera, manteniéndola á cierta distancia del fondo del mar.



En teniente Ortiz en el Hospital de Caridad

Fots. de Blanco y Padilla.

A unos treinta y cinco metros de ella estaban los vapores de la casa Lussich, á la espera de que concluyera el levantamiento de la popa para cooperar al de la proa, cubierta por entero por las aguas.

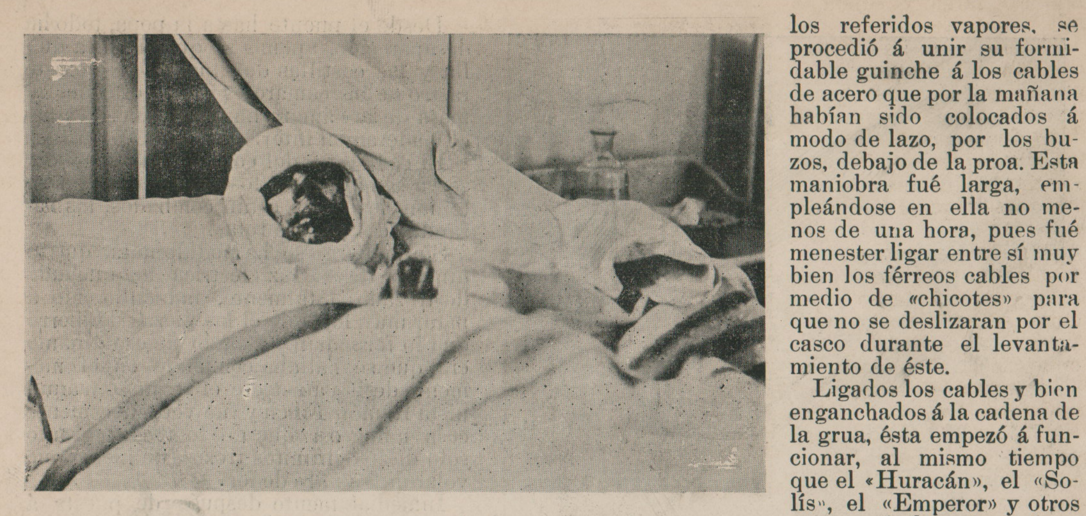
Alrededor de todos estos buques circulaba toda una escuadrilla de pequeñas embarcaciones á remo y á vela, repletas de curiosos, y que las lanchas de la Capitanía se veían obligadas á alejar á cada instante, pues entorpecían las maniobras del salvamento. Este, se efectuaba á unos doscientos metros de distancia del muelle de la calle Misiones, paraje desde el cual un público enorme presenciaba el salvataje, viéndose engrosada continuamente la multitud por curiosos que acudían sin cesar de todos los puntos de la ciudad.

La operación de poner las cadenas de los queches bajo la popa de la «Rivera» fué ruda en grado sumo, pues el mar, bastante picado, dificultaba la maniobra. En ésta, efectuada como todas las demás, bajo las órdenes del valiente Benito Borrazás y del práctico mayor del puerto Braulio Valverde, se requirió el auxilio de los buzos, que no sin gran trabajo lograron hacer pasar las cadenas bajo el casco de la «Rivera» y hacerlas volver luego á los queches.

Cuando esta operación estuvo realizada, la grúa «Hércules» arrió la cadena de su guinche y la cañonera, pegando un fuerte cimbronazo á los cables, quedó descansando en la improvisada, pero solidísima cuna que le formaban el «Antonio F. Braga» y el «Arturito», quedando realizada así con completo éxito una de las partes más difíciles del salvataje. Este continuó, sin descanso alguno, con todo brío.

Remolcada por uno de los vapores de la Empresa del Puerto y por el «Rayo», la grúa «Hércules» fué á colocarse entre el «Solís» y el «Huracán» para proceder al levantamiento de la proa del buque náufrago, del que sólo salía fuera del agua el mástil y un trozo de la chimenea.

No se perdió un solo instante, y una vez bien situada la poderosa grúa entre los referidos vapores, se procedió á unir su formidable guinche á los cables de acero que por la mañana habían sido colocados á modo de lazo, por los buzos, debajo de la proa. Esta maniobra fué larga, empleándose en ella no menos de una hora, pues fué menester ligar entre sí muy bien los férreos cables por medio de «chicotes» para que no se deslizaran por el casco durante el levantamiento de éste.



El teniente Otto, en el Hospital de Caridad

Ligados los cables y bien enganchados á la cadena de la grua, ésta empezó á funcionar, al mismo tiempo que el «Huracán», el «Solís», el «Emperor» y otros vapores tiraban á un tiempo del casco, logrando remolcar tras sí á la «Rivera» y á los dos queches que sostenían su popa.

Así se le remolcó un buen trecho, pero la caída de la noche obligó á suspender las maniobras hasta el día siguiente. La «Hércules» aflojó la cadena de su guinche, y la «Rivera» volvió á desaparecer en el agua, sujeta siempre á los resistentes cables de acero.



El segundo maquinista Folch, en el Hospital de Caridad

El 14, á las 6 1/2 de la tarde, después de una tarea penosa y denodada, Lussich unía un nuevo blasón á los muchos con que ya cuenta su famosa casa naviera.

Recién á esa hora las bombas terminaron el desagote de los compartimentos inundados, abandonando el gallardo casco su lecho de barro para balancearse de nuevo sobre la superficie del agua.



El práctico Andreópolis, en el Hospital de Caridad

Fots. de Blanco y Padilla.

Asistían á esa operación, que se realizó con el éxito previsto, el ministro de Guerra y Marina, general Vázquez; capitán general de puertos, coronel Ignacio Bazzano; señor Antonio D. Lussich, teniente coronel Suburu, comandante de la «Rivera»; varios oficiales del buque y otras personas.

Previamente los buzos de la casa Lussich habían tapado el rumbo abierto por la explosión en el costado de estribor, al lado de la Santa Bárbara, donde saltaron dos ó tres tablas, abriéndose otras y desprendiéndose la estopa que se emplea en las construcciones de madera para calafatear las junturas.

Como caía ya la noche, no fué posible apreciar en toda su importancia los destrozos producidos por la explosión, pero asimismo se pudo ver que eran considerables, á tal punto, que en presencia de ellos nadie acierta á explicarse cómo pudieron salvar con vida los oficiales que se hallaban á bordo.

El casco presenta pocos desperfectos, pues la explosión se produjo de abajo hacia arriba, pero la cubierta voló por completo quedando rota en mil pedazos.



El guarda marina Valentín Marinoni, en el Hospital de Caridad
Fot. de Blanco y Padilla.

Desde el puente hasta la popa, todo ha desaparecido, apenas si quedaron la quilla y las costillas del buque. No existe rastro de los camarotes de los oficiales, la mesa de la cámara ha desaparecido, todo el maderamen interior está hecho astillas.

El camarote del comandante sólo conserva sano el piso; los pescantes que sostenían los botes están combados, las barandas del puente rotas.

Sin embargo se ha podido notar que el dínamo de la luz eléctrica ha quedado destrozado totalmente, habiendo ido á parar muy lejos de él las piezas de hierro que lo formaban. Al lado de ese dínamo era que se hallaba comiendo en el momento de la catástrofe el segundo maquinista Ramón Folch y fué verdaderamente cosa milagrosa que no lo tocara ni uno solo de los infinitos trozos de hierro que volaron á su alrededor.

Inmediatamente después de puesta á flote, se le conduciría hasta el dique Cibils, á fin de que se le hicieran todas las reparaciones necesariamente indispensables. Pero á consecuencia del fuerte temporal del 15 que se hizo sentir especialmente en la bahía, la «Rivera», puesta á flote por la gente de Lussich, se fué nuevamente á pique; pero como hubo la precaución de llevarla en el acto más adentro de la bahía no se anegó por completo, quedando, sin embargo, bajo el agua la máquina y la popa.

El vapor «Ciclón» de la casa Lussich, que se halla al costado de la cañonera, intentó sin resultado desalojar el agua con sus poderosas bombas, lo que se consiguió después que el temporal amainó un tanto sus furias, aprovechando á la vez ese momento para cerrar los rumbos reabiertos durante la tormenta. Acto continuo se puso á flote sin mayores dificultades, y el barco apareció de nuevo exibiendo su casco destruido y ruinoso.

¿Cómo ocurrió la explosión?

Se ignora hasta el momento, siendo encontrados los pareceres sobre el punto. El sumario quizá lo aclare.

La tripulación de la «Suárez» haciendo ejercicios de cañón

Cañonera Nacional "Suárez"



Plana mayor de la cañonera nacional «Suárez»



La tripulación de la «Suárez» en día de revista

La cañonera «General Rivera» fué contruida durante el gobierno de don Máximo Santos, en los talleres de la Escuela Nacional de Artes y Oficios. Quedó terminada á fines del año 1884, en cuya época atravesó las calles de Montevideo, sirviéndole de fuerza motriz los músculos de los soldados de línea. Cables, poleas, aparejos, todo la impulsaba en su marcha lenta, y en medio de esa batahola ensordecedora, aparecía la milicada sudorosa pero satisfecha de la original maniobra que ejecutaba.

La «Rivera» en el dique Cibils visitada por los socios del «Club Nacional de Regatas»

Durante los 19 años que ha prestado servicios se puede decir que ha sido el buque de la escuadrilla que más comisiones ha desempeñado, ya efectuando trabajos científicos, ya de guerra ó salvataje.

Consignamos los principales datos entresacados de su foja de servicios.

1887—Salvó la tripulación de la barca inglesa «Amoor», naufragada en un temporal deshecho en el Banco Inglés.

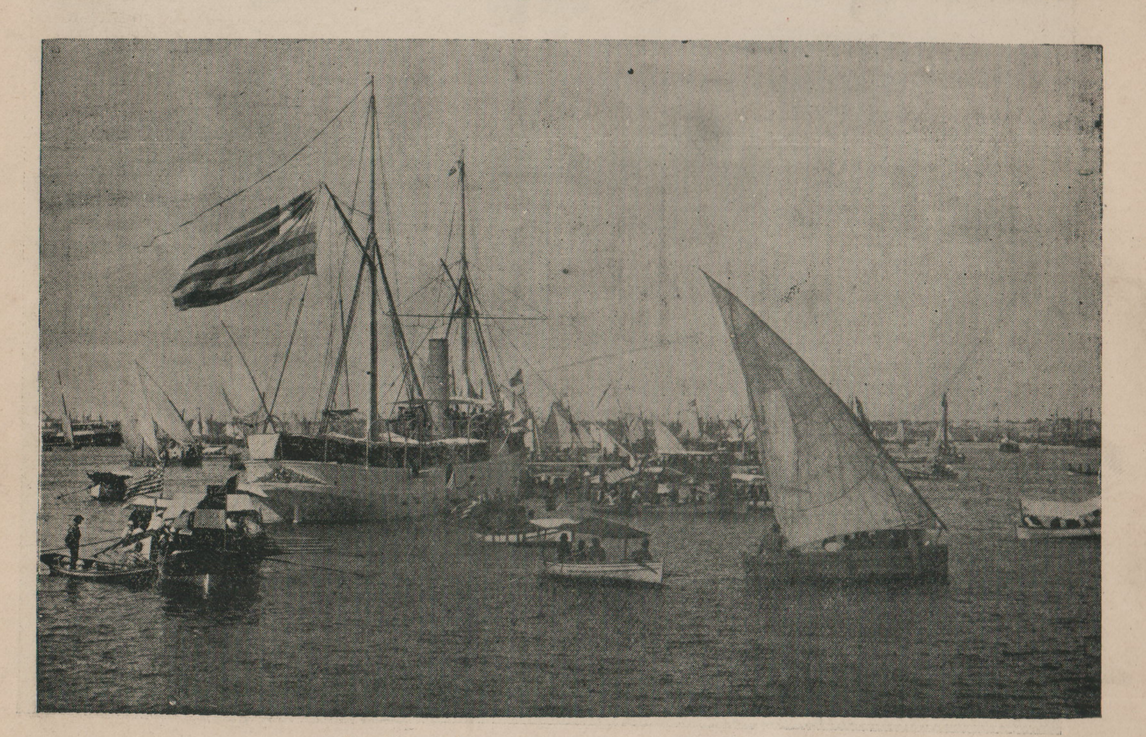
Es de advertirse que ésta es una de sus mayores hazañas, pues hubo que luchar con los elementos desencadenados cuando nadie se atrevía á ir al lugar del siniestro.

1888—Fué á los mares del Sur en viaje de instrucción, llegando más allá del estrecho de Magallanes. Navegó por éste más de 400 millas, tocando en la bahía del Glacier.

1890—Hizo un viaje á Río Janeiro, comisionada por el gobierno, para que lo representara en las fiestas allí realizadas con motivo del primer aniversario de la proclamación de la República.

—El mismo año mandó en jefe la escuadra de buques extranjeros que en el puerto de Buenos Aires protestó contra la escuadra revolucionaria que bombardeaba la ciudad.

—Zafó de la encalladura al crucero español «Infanta Isabel», que había tocado fondo en la isla de San Gabriel (Colonia).



La «Rivera» durante las regatas internacionales de 1891

1892—Efectuó ensayos prácticos de defensa de puertos nacionales por medio de torpedos fijos eléctricos, al Oeste de Punta Brava.

1893—Salvó con grave riesgo la tripulación del vapor inglés «Murriel», naufragado en la isla de Lobos.

1894—Salvó los náufragos del vapor argentino «Mensajero», que se fué á pique en el Bajo del Este (Maldonado).

1899—Efectuó voladuras de nueve cascos en el Río de la Plata y el Uruguay. En esta operación demoró 6 meses.

La cañonera tenía las dimensiones siguientes: manga 6 metros 65, eslora 35 metros 50, puntal 4 metros 30. Desplazaba 241'47 toneladas. Sus máquinas tenían una potencia de 250 caballos, que daban una velocidad media de 9 millas por hora.

En el último mes de Septiembre, revistaron en el rol del buque, según datos de tesorería, el siguiente personal:



Plana mayor de la cañonera «General Rivera», 1890.—Primera fila: Capitán de fragata, Jorge V. Bayley.—Teniente de navío, José A. Miranda.—Alférez de fragata, Tomás Sciurano.—Segunda fila: Practicante, Andrés Dubra.—Aspirante, Carlos Fournier.—Subteniente, César Fournier.—Idem, Emilio Domínguez.—Maquinista, Manuel Soisa.—Guardia marina, R. Bausero.—Idem, Eduardo L. Gordon.

1.er jefe, teniente coronel Juan P. Suburu, 2.º íd, capitán Francisco P Miranda; teniente 1.º, Elbio Morialdo; íd 2.º, Juan Ortiz; subtenientes, Enrique Taylor y Carlos Lagomarsino; guardia marina, Valentín Marinoni; practicante, Carlos Belliure; práctico del Este, Anastasio Andriópulos; íd. del Oeste, Rafael Sanjurjo; 1.er maquinista, Andrés Garago; 2.º íd., Ramón Folch; aspirante, Horacio Aguiar; 1.er contramaestre. José Otero; 2.º íd. Antonio Da Silva; condestable, Salvador Peau; mayordomo, Alberto Cabezudo; pañolero, Mariano Santolomé; 1.er cocinero, Ramón González, 2.º íd. Vicente González; foguistas, Joaquín Fregeiro, C. Gentilli, M. Martínez, M. García; carboneros, A. Stewart, H. Silva y 30 marineros.

La «Rivera» en la bahía de Río Janeiro con la tripulación lista para cubrir la artillería

Leyenda de la selva

I

—Marí... Marí, ven, acércate que el frío de la selva me crispa el cuerpo y pronto moriré si no vienes. Llevadme á sentir el calor del trópico, llevadme á conocer á mi padre, ¡lo quiero tanto! me has ofrecido enseñármelo, pero muero sin verlo... ¡Madre mía!

La zíngara se acercó á la turba donde iba el pedazo de sus entrañas que la llamaba tristemente con sus gritos de dolor. Ella lloraba en aquella misión de andariega, contemplando su vestidura andrajosa, sus sandalias descuartizadas, enmohecidas las sartas de monedas falsas que lucían en su pecho descubierto. Sólo disfrazaba su malhadada existencia el esplendor de su hermosura,—de una hija del Tirol—que aún no había sufrido el deterioro de la gitana ruin que se enferma, de la flor que se marchita, de la lumbre que se apaga...

Marí oprimió cariñosamente contra su seno al niño que preguntaba por su padre. Con ella venía un hombre que la servía desinteresadamente, entre los que formaban la turba que había salido de la lejana Bohemia, de la cuenca alta del Elba.

En aquella multitud nómade, vagabunda y sin domicilio, que á manera de mercaderes trafica por selvas y valles, venía Marí y su hijo. Ella era una morena bellamente conformada, de una fisonomía lánguida y expresiva. Creció y llegó á la pubertad cuando su debilidad de mujer se inclinó á la insinuación halagadora de un hombre, como una flor que se doblega á los ardores del sol del trópico. Y fué el amor... ¡Oh malvada ilusión! Más tarde nació aquel fruto amargo: su hijo. Amargo como todo dolor, pero un dolor que se ama; por eso más torturante todavía.

Pintando del natural

Entonces fué horizontal y la mala suerte en su barca de fatídicos sufrimientos la arribó al mar de la desgracia. Sus ilusiones de novia murieron: hijas de sus lucubraciones fantásticas no habían de volver más!

El zagal había llegado á la edad de la razón cuando la fiebre de su cuerpo se hermanaba al dolor de su alma para atraer así el misterio de la muerte.

—¡Padre mío, padre mío!—decía.

Un beso de la madre se escuchaba, el camello en donde cabalgaba exánime el hijo, lentamente se movía, y la turba trashumante seguía como una sombra que serpenteaba en el ámbito de las selvas!

—¡Padre mío, padre mío!

La madre le mostraba desconsolada al hombre que le servía desinteresadamente.

—Ese no es mi padre—contestaba.

¿Cuál es su padre? ¡Dios mío!—se preguntaba la gitana.—Ella no lo sabía. Hija del acaso lo ignoraba. En el génesis de su vida fué una flor de los valles perfumada: en su presente ya la esencia había trasmigrado; su alma estaba sombría!

—¡Padre mío, padre mío!—articuló penosamente el hijo. Más tarde había muerto.

II

La zíngara se disgregó de la turba que siguió trashumante como una sombra que serpenteaba en el ámbito de las selvas!

Quería volver á la ribera natal, pero había que sufrir mucho. En aquel *via crucis*, el recuerdo siniestro pesaba sobre su alma como un fardo enorme, como una sombra eterna.

Para llegar á su país había de seguir el lucero que señala el rumbo á los peregrinos y bohemios que buscan hacia la Hungría.

Caminaba sóla. El panorama era conmovedor; apenas las auras murmuraban tristes rumores: tenía la imponencia temerosa de las soledades oceánicas. La concavidad celeste cubría la explanada de la selva que se perdía en el crepúsculo indeciso de la lejanía en donde azulean las montañas.

El cansancio inclemente dominó la inquietud de sus fuerzas y quedó dormida en mitad de aquel camino ya sombrío, porque empezaba á descender los festones tenebrosos de la noche por los bordes de los horizontes.

Entonces soñó. A la vez que una caravana fugitiva que volvía de lejos, la trasportaba á otros lugares, vinieron á su mente fantásticas creaciones. El sueño era profundo. No lo interrumpió nada.

Soñó que esperaba en un camino solitario y en su vida de triste bohemia sin esperanzas. A ella se le acercó la visión de un radiante viajador como Eros, en un carro reluciente tirado por palomas enormes.

—¿Quién sois?—le dijo ella.

—Soy el Amor—contestó.

—Dadme socorro—le volvió á hablar.

—Las tristezas ya se anidaron en tu alma, ya murió su primavera. Y despareció como raudo meteoro.

Entonces ella, desconsolada, creyó llorar amargamente.

A poco vió la silueta de un bulto blanco que se acercaba. Era un hombre desconocido. Su fisonomía, atrayente, manifestaba ser una persona compadecida de las almas sufridas.

—¿Quién sois?—le dijo ella.

—Soy el Arrepentimiento—le contestó.

—¿Y qué me dáis para no sufrir?

—Seguid mis pasos—le dijo el aparecido.

Amanecía cuando la caravana dejó á la gitana al pie de una ermita que yace en el largo camino de la selva. El conventual que allí moraba, á poco se apercibió, por una persiana, de una mujer que se despertaba toda desconcertada y quejándose lastimosamente á la puerta del pequeño convento. Al contemplarla conoció lo que era.

—Yo voy á perdonarte—le dijo el hijo del buen Dios.

Ella le narró la historia de su vida hasta aquel último sueño, y seducida por las insinuaciones del ermitaño, comprendió que en la obscura noche de su dolor no había otra estrella que el arrepentimiento.

Desde entonces, de cuando en cuando, se deja ver, en la puerta del solitario convento, una monja que contempla á los caminantes de las selvas, quizás aventureros de leyendas siniestras; pero ella, al recuerdo de su hijo muerto, siente una voz interior que le dice: «¡Padre mío, padre mío!», y casi llorando de hinojos murmura una oración tristísima.

FRANCISCO GONZÁLEZ LUGO.

VIDA

(ÍNTIMA)

Tú, que podías ser buena, ser útil y ser grande, eres delictuosa.

Los sentimientos pasan por tu faz trepidando borrosos, como las escenas humanas en la celuloide del cinematógrafo... Movimientos anormales, ridículos... Se camina con cómica gravedad, se corre, se juega, se ríe... se trabaja!... y, de improviso, se nubla la escena... pasa la figura.

¡Febrilidades!

¡Escalones hacia el común abismo ignoto!

¡Vida!

—

Los hombres te desean hasta experimentar el terror de perderte... No te aman, te desean, nada más... y se tienen por felices.

Siendo magno ideal, te hacen mísera necesidad.

No te conocen... no te aprecian.

El Egoísmo, desde muy tierna edad les enseña las primeras letras.

—

Tus arrullos, tus dulzuras, dejan el insomnio de los aniquilamientos, la imbecilidad del hastío.

Son la pena próxima y la pena lejana... la pena siempre.

A veces, sonríes y matas.

Tu misma constancia cariñosa concluye con una póstuma inmensa amargura: irse para jamás volver.

Por eso, cuando conmigo te sonríes, veo muecas burlonas.



Río Uruguay.—Salto Grande

No tienes un corazón, tienes muchos.

¡Frívola!

—

Sin desearte nunca, te he amado siempre sinceramente... ¿te ofendo acaso?

He agotado mis más valiosos recursos de persuasión para hacerte útil, y he tenido que conformarme con verte parecer buena... ¿es el ideal acaso?

No te conoces... no te valoras.

¡Cortesana!

—

La maga Natura ha conseguido que por los siglos de los siglos seas joven y bella.

Eres su primogénita, su orgullo.

Tan sólo no ha sabido educarte... mucho menos te educarán los hombres.

A la amistad de la Felicidad, prefieres la del Delito.

El error te persigue, y tú... eres débil.

—

Cortesana, sí, pero ilustre.

La Humanidad brega jadeante por tí y para tí.

Los sabios te respetan, los poderosos se te humillan.

La Tierra entera se regocija al sentir el roce de tu ropaje, al percibir el perfume de tu cuerpo.

Y no te comprenden, ni te conocen.

¡Vida!... ¡Vida!

Al fin, ¡mujer!

VICENTE ROSSI

En unas postales

AMOR

Amor es dulce néctar de la vida,
Amor es santa y pura inspiración,
Es bálsamo que cura toda herida
Y á veces despedaza el corazón.

LE HAS PEDIDO...

Le has pedido unos versos á mi lira
Que yo á sus cuerdas no podré arrancar:
Pídele, si tú quieres, un lamento,
Tal vez te lo dará!...

NÉLIDA BENTIN.

Centro Militar y Naval

Publicamos en la página 5.ª un hermoso fotograbado de una fotografía tomada en la noche del del corriente, que fué de reunión para este importante centro, á objeto de elegir Comisión Directiva.

Salió triunfante la siguiente:

Titulares—Máximo Tajes, Salvador Tajes, Domingo Ramasso, Jorge Bayley, Roberto Riverós, Isaac López Castillos, Federico García Martínez, Gilberto Costa Brie, José Chiappara, José Luis Gómez, Ricardo Flores, José Luciano Martínez, Manuel Dubra.

Suplentes—Juan A. Pintos, Benigno Carámbula, Nicolás Ravía, Pablo Bañales, Adolfo Delgado, Eduardo Da Costa, Osvaldo Rodríguez, Domingo Mendivil, Manuel Benavente, Guillermo Ruprecht, Sebastián Buquet, Héctor Marfetán, Vicente Magallanes.

Comision Fiscal—Guillermo Lyons, Telémaco Braida, José Carrasco Galeano.

Suplentes—Luis Queirolo, Venancio Ruiz, José Visillac.

Los proyectos del señor Ros

La Junta Económico-Administrativa de Rocha ha elevado últimamente al señor ministro de Fomento, ingeniero Serrato, un extenso informe sobre los proyectos del inteligente señor Francisco J. Ros, referentes á modificaciones en el trazado de ferrocarriles en los departamentos del este y nordeste de la República, así como de los que tratan de la navegación y canaliza ción de los ríos Tacuarí, Olimar, Cebollatí y San Luis y de la implantación de colonias agrícolas en los departamentos de Cerro-Largo, Treinta y Tres y Minas.

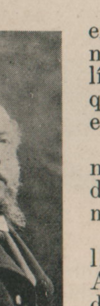


Señor Francisco J. Ros

Las modificaciones proyectadas y las innovaciones del señor Ros, fueron puestas á plebiscito de las juntas que tienen relación con ellas, habiendo dado ya su parecer contrario las de Cerro Largo y Maldonado. Ahora, la de Rocha ha elevado también á la superioridad su opinión contraria, en un extenso escrito informado por dos de sus miembros, los señores José María Rivero y F. Martínez Rodríguez.

Demuéstrase en ellos la impracticabilidad en los tiempos actuales de tales proyectos, que no están en relación práctica con los medios á nuestro alcance y nuestro progreso.

Necrológicas



Profesor Leopoldo Bersani

Hace algunos días falleció víctima de una extrema resolución, el inteligente artista italiano señor Leopoldo Bersani, pintor de gran valía, que ha dejado á su muerte numerosas obras que le han dado y le darán un justo renombre en el arte pictórico.

Su fallecimiento ha causado hondo pesar en nuestro Montevideo y en nuestro pequeño mundo del pincel, que le tenía entre uno de sus miembros más descollantes y queridos.

—A consecuencia de un ataque cerebral falleció también, el día 7 del presente, el señor Agustín M. Vázquez, estimado educacionista, director y propietario del «Liceo Franco-Uruguayo» é «Instituto Universal».

Ha sido esta otra muerte muy sentida, por el gran aprecio que se había conquistado por sus dotes educacionistas y sus bondades morales.



Señor Agustín M. Vázquez

Notas importantes

El exceso de informaciones, y sobre todo, con el objeto de ofrecer sobre la sensible catástrofe de la cañonera «Rivera» la información más completa posible, nos hemos visto en la necesidad de postergar para nuestro número próximo numerosas actualidades, entre otras las que se refieren á la importante casa lanchonera de la firma Lussich, de cuyo personal de salvataje de la cañonera explosionada hemos tomado hermosas vistas—y á las fiestas celebradas por diversas sociedades recreativas de las que poseemos fotografías. Además, otros ecos de campaña también quedan postergados para el número del próximo domingo.

—

El señor Evaristo M. Fernández, que con arreglo á lo que propone nuestra página intitulada «Página que debe leerse», consiguió una suscripción anual adelantada, y que, por lo tanto, obtuvo como premio un quinto de la última extracción de 10,000 pesos, el número 7116, fué agraciado con un premio de 10 $, tocándole, como consecuencia, 2.

Leonor

POR CARLOTA BRAEMÉ

y mañana... mañana salimos para Inglaterra.

Aquella misma noche Lionel Ridal escribía dos cartas; una á los abogados del conde de Lin; la otra á sus banqueros, notificándoles su inmediato regreso.

CAPÍTULO XLV

En una hermosa mañana del mes de agosto y después de rápido viaje, llegó Lionel Ridal, á Londres. Animado por las cariñosas palabras que durante el camino le dirigía su amigo, á pasos largos se encaminó al hotel en que se hospedaba cuando conoció á la condesa, y sin emplear más que el tiempo estrictamente necesario para cambiar de traje, volvió á salir con dirección á las oficinas de los señores Brown é Hijos, sus banqueros desde hacía muchos años.

Grande fué el asombro que causó al señor Brown, el oir anunciar á uno de sus dependientes, que el señor Ridal deseaba verle; el honrado comerciante, que aún no había recibido la carta que Lionel le escribió, se figuraba que éste continuaba en Alejandría; así es que, levantándose precipitadamente salió á su encuentro y después de saludarlo con muestras de verdadero cariño, lo hizo sentar á su lado en uno de los divanes de su despacho.

—¿Sabe usted algo de mi familia? preguntó el joven con temor.

—Sí, contestó el banquero. Hoy precisamente he recibido una carta de la señora Ridal, que se encuentra en San Luis, pueblo del sur de Francia, para que se la enviáramos á usted á Alejandría. La carta dice, «Urgente».

—¡Una carta de mi esposa! exclamó Lionel, con sorpresa, palideciendo al mismo tiempo.

—Sí, aquí está, añadió el banquero al entregársela y después prosiguió: —Ahora, señor Ridal, como supongo que deseará usted estar solo, me retiro; aquí nadie vendrá á molestarle.

Lionel había recibido la carta maquinalmente. Latíale el corazón con violencia, y sentía un hondo pesar que no se explicaba. Con temblorosas manos rompió el sobre, pero apenas sus ojos hubieron recorrido las pocas líneas que contenía, un grito desgarrador se escapó de su garganta. Su hijo Guillermito, aquel hijo tan querido para él, estaba enfermo y deseaba verlo... ¡Ah!.. exclamó en medio de la mayor desesperación... ¡He sido un miserable, y sólo merezco el desprecio!.. ¡Grande ha sido el mal que he causado,.. muchas las lágrimas derramadas por mi culpa!.. pero, nada atormenta tanto mi espíritu, como el recuerdo de mi hijo inocente, tal vez agonizando mientras me llama inútilmente.

Y por mucho tiempo, aturdido por la lectura, quedóse Lionel sin saber lo que le pasaba. Por fin, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, con vacilantes pasos salió de la habitación.

—¿Qué ocurre? señor Ridal, preguntó el banquero al observar el demudado semblante del joven. ¿Ha recibido malas noticias?

—Sí.. respondió Lionel sollozando, Mi hijo mayor está muy grave, y me dicen que desea verme; luego añadió.—¿Tendría usted la bondad de indicarme el camino más corto para llegar al lugar donde se encuentra mi familia?

¡Oh!.. Con mucho gusto, murmuró el banquero, al mismo tiempo que extendía un mapa de Francia sobre el escritorio, y mostraba á Lionel dónde vivía la señora Ridal.

Informado por el banquero de cuantos detalles necesitaba, salió Lionel, con dirección al hotel y se puso á preparar su equipaje. Cuando el joven se vió en el tren que rodaba ya fuera de Londres, empezó lentamente á reflexionar y acabó por sentirse turbado por vagas inquietudes, en las que entraban menos el razonamiento, que la presciencia sutil. Asombaba la cabeza por la portezuela; parecíale que había partido de allí veinte años antes, y que todos aquellos lugares habían cambiado; y al llegar á París, se figuraba que el viaje iba á ser interminable, porque crecían sus amarguras á medida que se acercaba la llegada.

Al fin, el tren se detuvo en San Luis, y al apearse, recobró algún tanto la calma; por los informes que adquirió en aquellos alrededores, supo que si bien su hijo se hallaba muy enfermo y que la fiebre había causado en el niño terribles estragos, por fortuna no había muerto.

Más animado comenzó á descender por el pintoresco camino que conducía á la quinta, no tardando en descubrir las torrecillas grises de la casa. ¿Cómo me recibirán? murmuró, y un miedo espantoso se apoderó de su espíritu, mientras el corazón se le oprimía. Unos pocos pasos más y se hallaría en la linda explanada, que con sus artísticos jarrones y estatuas de mármol, servía de centro al precioso jardín cuajado de millares de flores. Por largo tiempo se detuvo y contempló la casa, en la que reinaba profundo silencio. Jamás, ni á la vista de los mayores precipicios que con tanta frecuencia había escalado durante sus peligrosos viajes, ni en la presencia de las más feroces y salvajes fieras, sintió miedo Lionel, y sin embargo, ante aquella tranquila casa se llenó su alma de terrible espanto. De repente lanzó una exclamación de alegría Acababa de ver al viejo Benet, que con lentos y torpes pasos caminaba en la misma dirección en que él se hallaba.

—Buenos días, gritó Lionel, cuando creyó que el mayordomo podía oirlo.

—Buenos días, señor, contestó éste sin dar señales de haberlo reconocido.

Entonces Lionel acercóse más, lo miró fijamente y dijo:

—Benet, mírame bien, ¿no me conoces?

El pobre viejo levantó los ojos y lanzó un grito de sorpresa.

—¡Cielo Santo! el señor,... ¡mi amo!.. ¡oh! ¡nunca creí que lo volvería á ver!

Y el pobre anciano lloraba de alegría!

—¡Ah! señor, murmuró con palabras entrecortadas. Ahora sí que el niño Guillermito se pondrá bueno.

—¿Está muy enfermo? preguntó el señor Ridal, con ansiedad.

—Durante muchos días ha estado á la muerte.

—Benet, dijo el joven muy conmovido. Llévame donde podamos hablar, para que me refieras todo lo que ha pasado durante mi larga ausencia.

(*Continuará*).

—Porque no has hecho lo que Santa Mónica, no has sabido convertir á tu marido.

—¡Perdóname! prorrumpió doña Dolores arrojándose á los pies de su prima, en la actitud de una Magdalena arrepentida.

En medio de la solemnidad de aquella escena que el señor Dardelle estudiaba á través de sus lentes con apasionada curiosidad, resonó una carcajada diabólica, que apagó en los labios de doña Guadalupe la respuesta bíblica que iba á lanzar; que hizo poner en pie á doña Dolores, y dar un salto en la silla al señor Dardelle, á quien se le cayeron los lentes.

Era Luisa quien de tal manera reía.

Aquella carcajada argentina, burlona, parecía inextinguible. La muchacha se agitaba convulsa, y mientras mayores esfuerzos hacía para contenerse, más aumentaba la risa.

—Digna hija de tales padres, digna esposa del hereje que la pretende. ¡Malditos seáis vosotros, y vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos hasta la séptima generación!

Así dijo doña Guadalupe con voz grave y lenta, y se retiró majestuosa hacia su recámara, para seguir orando al pie del crucifijo.

Y la carcajada de Luisa cesó como por encanto.

Y doña Dolores quedó anonadada y sin poder explicarse lo que pasaba á su alrededor, como si con la maldición se hubiese agotado el último átomo de su atrofiada inteligencia.

Y el señor Dardelle murmuró mordiéndose el bigote:

—Esto es demasiado solemne, ó demasiado ridículo.

Y tomando á su esposa y á su hija por el brazo, las sacó fuera de aquella casa.

La maldición de una madre, por injusta que sea, tiene siempre algo que impone, que sobrecoge de espanto.

V

El clero puso todo género de dificultades. Exigía que Martín se retractara públicamente de las opiniones que había sustentado, y tenía otras pretensiones, que encontraron inquebrantable al joven diputado y que rechazó con energía Luisa, que era la que había emprendido la campaña para conseguir sus fines.

Sin embargo, tanto hizo la muchacha, tales influencias se pusieron en juego, que al fin le concedieron un matrimonio eclesiástico de madrugada, sin velación, lo que también rechazó, pues ella quería todo ó nada.

Desde el momento en que el clero había entrado en el terreno de las concesiones, Luisa comprendió que se saldría con la suya.

Y así fué: hubo limosnas cuantiosas; alhajas para la iglesia y muy principalmente entró en el ánimo del clero la consideración atinadísima de que Luisa dominaría á Martín, y poco á poco lo iría atrayendo al redil, para que abjurase de sus errores espontáneamente. Se citaron multitud de casos históricos que comprobaban la doctrina, y ante conveniencia tan grande y razones de tanto peso se concedió la licencia necesaria, dado el vínculo de parentesco que unía á los contrayentes.

Lo único que se exigió de Martín fué que se confesase. Allí no hubo empeño ni nada capaz de hacer cejar al clero, y no tuvo más remedio el descreído liberal que caer á los pies del confesor y decirle lo que mejor le pareció.

Y lo que mejor pareció á Martín fué hacer una confesión en toda regla, que llenó de asombro al sacerdote, quien no se esperaba tanta sinceridad, ni un sentimiento religioso tan profundo, de parte de aquel penitente, que lo habían presentado como un monstruo de iniquidad.

Y el sacerdote absolvió al demagogo.

Aquellos dos enemigos en ideas, vieron al fin que practicaban la misma religión y que adoraban á un mismo Dios, aunque bajo diferente denominación, y bajo fórmulas distintas.

CAPÍTULO DÉCIMO

CON LAS QUE REPICAN DOBLAN

I

El aristocrático templo de «La Profesa» irradiaba.

Pocas veces se había desplegado tal lujo de ornamentación, ni se había acumulado tantas y tantas flores en los altares, en el piso, en la sacristía y en el atrio.

La concurrencia era numerosa y escogida.

Allí estaba lo más granado del partido reaccionario, que orgulloso asistía á la fiesta como en su propia casa.

Allí estaba también lo más notable del partido liberal, queriendo honrar al joven caudillo, al elocuente tribuno, al defensor de los derechos del pueblo, y de todo eso que pretendían ser los que combatían los fueros y la religión.

El general Zaragoza, cuyo nombre en breve debía pasar á la inmortalidad, era uno de los padrinos, designado por Varela, y el señor de *** era otro, designado por la familia de Luisa. El Ministro francés hizo de tripas corazón, á mal dar puso buena cara, y renunció galantemente á «la mano de doña Leonor», prestándose á apadrinar aquella boda, de la que tal vez podía surgir la suya, por carambola, con alguna de las ricas herederas que concurrieran á la fiesta.

Y cuántas cosas se hubieran evitado entonces. Si el conde de *** hubiese realizado su deseo, quizás nos hubiésemos visto libres de la sangrienta y prolongada guerra que nos declaró tan injustamente Napoleón III y que tan caro debía de costarle.

Porque Sedán no fué más que el epílogo de Puebla.

II

Luisa estaba ataviada con una sencillez adorable, que la hacía aparecer más joven de lo que era. Representaba quince ó diez y seis años.

Sonriente, sincera, no procuraba ocultar su gozo al unirse con el hombre que libremente había escogido, y que conquistara casi á viva fuerza.

(*Continuará*).

Talleres de "EL SIGLO ILUSTRADO", 18 de Julio, núm. 23.--MONTEVIDEO